

MARCOS ORDÓÑEZ

Una joven pareja

*Para Pepita Galbany
Miguel Rellán
Edu Galán
y Miqui Otero*

*En esta escuela del mundo
ni siendo malos alumnos
repetiremos un año.
Un invierno, un verano,
no es el mismo ningún día.
No hay dos noches parecidas
igual mirada en dos ojos
dos besos que se repitan*

Wisława Szymborska

IVÁN Y PATRICIA SE enamoraron en la primavera del 79. Habían cumplido veintitrés años. A menudo olvidaban el reloj en casa. La vida todavía era barata y se venían arriba con dos de pipas. No pensaban casi nunca en el porvenir, y aún no se les había muerto nadie.

Recordarían siempre la gloria de aquel día.

En la piscina solo estaban ellos, como si los habituales se hubieran esfumado para dejarles vía libre. El sol que entraba por una ventana alta y rectangular centelleaba en el agua. Nadaban al mismo ritmo, sin prisa, brazadas lentas por calles paralelas, pero a él le costaba seguirla. De repente, Iván tuvo la sensación de que había desaparecido, de que la había soñado. Apoyó la nuca en el muro de baldosines azules y cerró los ojos. Su nuca parecía hervir. Escuchó un chapoteo. Abrió los ojos de nuevo. Vio emerger entre la espuma la cabeza de Patricia y sus hombros brillantes. En pocas brazadas ella llegó hasta la escalerilla metálica que estaba a su izquierda.

Él contuvo la respiración al verla subir. Las caderas amplias, las piernas largas, los muslos poderosos, la lenta ligereza. Una oleada de deseo. Iván esperó. De aquella manera no podía salir de la piscina.

Le costó un poco reconocerla en el bar, porque la melena, negra y rizada, le caía en cascada hasta media espalda. Llevaba camisa blanca y falda floreada. Anillos en ambas manos. De su cuello pendía un colgante con un ámbar. Sentada en un taburete alto, cruzó

las piernas y siguió el ritmo de la música de la radio con el tobillo derecho, rodeado por una cadenita de plata. Zapatillas negras. Bebía una caña, y cuando dejó el vaso en el mármol sonrió y lo miró. Él vio entonces sus ojos muy oscuros, aquella sonrisa serena y determinada, con un punto de ironía. ¿Lo estaba esperando o eran imaginaciones suyas? Ninguna chica le había sonreído nunca de esa manera.

De Iván le había gustado su cuerpo musculoso, y le gustó luego la franqueza casi infantil de su sonrisa, los ojos negros, la timidez con que los bajó brevemente cuando ella lo miró. Era alto. Nariz ancha. Melena hasta los hombros, brillante por el agua, go-teando en la camiseta roja. Bigote y barba leves. Tejanos que había desteñido minuciosamente, metiéndose con ellos en el mar, y unas John Smith blanquísimas, como recién compradas.

La canción que sonaba por la radio era *Simple Twist of Fate*, de Dylan, y ella estaba cantándola en voz baja cuando alzó los ojos. Iván enlazó mirada y sonrisa con el título de la canción, «Un sencillo giro del destino», una de sus favoritas, que ella parecía saberse de memoria. Aquella constelación de signos rutilantes, para él inequívocos, lo empujaron hacia Patricia. Se sentó a su lado, pidió también una cerveza, guardó unos segundos de prudente silencio, y le preguntó:

—¿Te la sabes?

—Un poco. La estoy sacando estos días.

—¿Cantas? —preguntó, y se sintió como un crío.

Ella rio.

—En la ducha —respondió.

Una risa maravillosa. Sus pechos temblaron: no llevaba sujetador.

Iván sintió latidos, arriba y abajo. Le costaba respirar. Se oyó lanzarse a decir:

—Me gustaría estar en esa ducha.

—Podemos probar —dijo ella.

La zapatilla negra, que se balanceaba en la punta de su pie, cayó. Sin pensarlo dos veces, Iván hincó la rodilla en el suelo y se la calzó de nuevo.

—Alzaos, milord —dijo ella.

Entre la piscina y el hotel fueron besándose y abrazándose a cada paso. Iván recordaría el sabor a rosas de sus labios. Las hojas verdes de los plátanos, como manos recién abiertas, saludando al buen tiempo. Antes ni siquiera había reparado en ellas: hojas nada más. Patricia recordaría la sábana que flameaba en una azotea contra el cielo azulísimo, como la bandera de un país nuevo.

Al tenderse en la cama, ella cruzó los brazos bajo la nuca. Su piel tostada olía a pan caliente. Aquellos bosques con sal y miel oscura. La cama que crujió. Sus ojos brillando en la penumbra.

Después quedaron rendidos como si hubieran hecho cincuenta piscinas.

Cuando Iván despertó, la claridad de una farola entraba por la rendija de las cortinas como si fuera luz de luna dándole en la cara a ella, que dormía con la boca entreabierta, y plateando un hilo de saliva. Aún no sabían nada el uno del otro, ni sus nombres, pero sus cuerpos se conocían y creyeron llevar mucho tiempo juntos.

Volvió a abrazarla. Mientras la besaba, murmuró:

—Nunca me había pasado algo así.

Una pausa.

—¿Lo he dicho o solo lo he pensado? —murmuró.

—Lo has dicho. Ni a mí.

—¿Cómo?

—Que a mí tampoco me había pasado nunca algo así —dijo

Patricia.

—Me gustas mucho —dijo Iván, besándola.

—Tú tampoco estás mal —dijo ella, tocándole la nariz con la punta del dedo, como si pulsara un timbre—. Riiing. Me gustan los chicos con nariz ancha. Tienes nariz de boxeador.

Sentada al borde de la cama, se recogió la melena en un moño alto.

—Y tú pareces Modesty Blaise.

—¿Y esa quién es?

—Una superagente secreta. Peligrosísima.

Se echó sobre él, sujetándole las manos, a horcajadas, los muslos tensos, la grupa alzada, y volvieron a hacerlo, esta vez muy lentamente. Luego les entró un apetito tremendo, como si al saciarse un hambre comenzara otro.

—Tú has pagado el hotel, yo pago la cena —dijo ella.

—Estupendo, porque me he quedado sin un duro.

Le alargó la mano.

—Iván Herrera.

Ella se la estrechó.

—Patricia Montero. Un placer.

FUERON AL ROMESCO Y devoraron una bandeja de arroz a la cubana con picadillo criollo. La carne era picante, y la salsa espesa. No tenía nada que ver con el vulgar arroz a la cubana habitual.

Los plátanos, gruesos y sólidos, giraban en el aire, y al caer en las sartenes lanzaban borbotones de humo sin romperse. La cocina, tras un arco abierto, estaba a pocos pasos de las mesas de mármol. Tres hombres morenos, con camisa blanca alegremente manchada, atendían los fogones y las mesas, hablando y riendo por entre el estrépito de trompetas y bongós de un casete que en otro tiempo fue plateado y ahora estaba cubierto de pringue. Una voz luminosa y veraniega cantaba:

*A ti te gusta la bomba
y te gusta el baquiné
para que bailes ahora
africano es el bembé
che che colé...*

Iván alzó el dedo y dijo:

—Héctor Lavoe. Un grande.

El humo, los fluorescentes, la cerveza helada y la feliz fatiga les hacía entrecerrar los ojos. Iván se avivó con la cerveza y empezó a hablar, como si le dieran cuerda. Patricia bebía y escuchaba.

—... de momento voy tirando con el paro y la indemnización de la revista. Luego ya veremos. —Comía y fumaba y hablaba—.

Me matriculé en Filosofía, pero la verdad es que nunca me ha interesado. Le echo algo de codos cuando se acercan los exámenes, justo para pasar curso y seguir con las prórrogas.

—¿Prórrogas de qué?

—Del traslado al sur del Pacífico, Modesty. Una base tranquila, lejos de primera línea.

—Qué novelero eres, Ivánovich.

—Y qué cuello más largo tienes tú, cierva —dijo, acariciándose—. ¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta hasta ahora?

No buscaba trabajo porque la milicia, dijo luego, estaba en puertas. Llevaba tiempo estando en puertas. Aquella inminencia era un hueco, un tiempo fuera del tiempo, dijo. Inminencia relativa, entendió ella (lo llamarían a filas en invierno), pero para él todo parecía condicionado a la partida.

—¿Nos tomamos un helado? Esos limones son increíbles. Han salido hace poco. Un invento: están rellenos de helado de limón. También hay naranjas y piñas, pero los de limón son los mejores.

—Venga —dijo Patricia sonriendo, y sus ojos volvieron a brillar. Iván tamborileó en la mesa, como un chaval.

—Qué bien, como si fuera verano. Tengo unas ganas locas de que sea ya verano. Quiero y no quiero, porque el problema es que estar en verano es estar más cerca del invierno.

—Más bien sí.

—... y así van pasando los días. Pero hoy está siendo verano puro, fosforescente. Has traído el verano, Guapanga Canyon. ¿Qué más te decía?

—No sé.

—Que quiero y no quiero.

—Eso puede ser un problema.

Pensó: «Gilipollas, no le digas eso».

—No, me refiero a...

—... a lo de la mili.

—A lo de la mili y a que quiero escribir. Tengo una novela entre manos, pero no arranca.

—¿Y eso?

Pensó: «La estoy aburriendo. Corta eso».

Encendió el tercer Fortuna y le ofreció otro.

—Porque no me convence nada de lo que estoy haciendo. Y mucho menos la chapa que te estoy pegando. Perdona. Yo venga a hablar y todavía no sé nada de ti.

Patricia sonrió.

—No importa.

Trajeron la cuenta.

—Doscientas pesetas, me sales baratísimo.

—Qué chulazo me siento, qué vergüenza. Te invitaría a más cervezas en el Marsella, pero ya ves: me he quedado con lo puesto.

En aquella época, el Marsella era un bar destartado, antiquísimo, y solo lo frecuentaban viejos, putas y estudiantes que decían, embabiecados: «He descubierto un café». Estudiantes como ellos.

—No puedo —dijo Patricia—. Estoy que me caigo y mañana tengo clase a primera hora.

—¿Clase de qué?

—Matemáticas.

—¿Las das o las recibes?

—Las recibo en la central y las doy a chavales que las detestan.

—Caramba. Nunca había conocido a una chica a la que le gustaran las matemáticas.

—¿Y a algún chico?

—Pues ahora que lo dices, tampoco.

Salieron a la calle perfumada por la humedad. Patricia le pasó el brazo por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

—Qué noche más buena hace. Aunque yo no es que me tenga mucho —dijo Iván, un poco tambaleante—. Me has dejado para el arrastre, Modesty.

—¿Mañana más?

—Qué bien, qué alivio —respiró hondo—. Ahora venía toda la lata de pedir los teléfonos, de si me lo da o no me lo da...

—Calla un poco, merluzo. —Lo besó—. ¿A las nueve en el Marsella te viene bien?